

en sabiendo, obediencia es, sujetaban su juicio, infiriendo: luego bueno es, lo mejor es, él sabrá el por qué. Esto habemos de procurar llevar adelante; y los mas antiguos se han de aventajar y esmerar mas en ello, y no pensar que por eso tienen mas licencia para juzgar y examinar las obediencias y ordenaciones de los superiores.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos en el libro quinto, capítulo cuarto de su Vida, que siendo ya general de la Compañía, dijo diversas veces, que si el Papa le mandase que en el puerto de Ostia, que es cerca de Roma, entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela ni remos, y sin otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haria y obedeceria, no solo con paz, mas aun con contentamiento y alegría de su ánima; y como oyendo esto un hombre principal se admirase, y le dijese: ¿Y qué prudencia seria esa? Respondió: La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena.

CAPÍTULO VII.

De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales.

No solamente habemos de sujetar y rendir nuestro juicio y parecer en las cosas que parecen conformes á nuestra carne y sangre, sino tambien en las que son contrarias, y de suyo muy espirituales y santas. No piense nadie que en estas cosas tiene licencia de apartarse de la voluntad y juicio del superior, antes así es mas necesaria esta obediencia del juicio; porque como las cosas espirituales son tan altas, será mayor el peligro y la caída si no llevamos guía: y en tanto grado es esto verdad, que viene á decir Casiano, collat. 2. Abbat. Moysis, cap. 11, que en ningun otro vicio trae tanto el demonio al monje á despeñarle en su perdicion, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los mas ancianos, se fie en su juicio, resolucion y ciencia; y trae Casiano, ubi sup., cap. 5 et seq., y tambien san Juan Clímaco, grad. 4, muchos ejemplos de monjes que eran muy espirituales y muy dados á la oracion, y ya antiguos y viejos; y por fiarse de su propio juicio, y quererse regir y gobernar por él, vinieron á ser muy gravemente engañados del demonio. Á uno le hizo que vi-

niese á querer sacrificar á su hijo que estaba juntamente con él en el monasterio, haciéndole creer que seria otro Abrahan; y pusiéralo por obra, sino que el muchacho, viéndole aguzar el cuchillo, y preparar los cordeles para atarle, sospechándolo, huyó. Á otro le vino á traer á que se despeñase, persuadiéndole que seria mártir, y que se iria luego derecho al cielo.

De Heron monje cuenta Casiano que era de tanto recogimiento y abstinencia, que aun el dia solemne de la Pascua, cuando los demás monjes se juntaban en la iglesia, y tomaban alguna recreacion, y comian alguna cosa mas, él no queria salir de su celda, ni quebrantar su abstinencia, añadiendo siquiera algunas yerbas, sino su comida era siempre pan y agua, y eso con mucha medida; y vino con esto á engendrarsele una soberbia y un juicio propio tan grande, que le persuadió el demonio que era tan santo, que ya para él no habia peligro ninguno en esta vida; y que aunque se echase en un pozo, no se haria daño alguno, sino que los Ángeles le recibirian en palmas, para que no se hiciese mal; y así una noche se echó en un pozo muy hondo para probar su virtud y merecimientos grandes, pero hirióse malamente, y murió de ello al tercer dia. Acudieron luego los monjes al ruido, y con grande trabajo le saca-

ron medio muerto, y con ver al ojo el daño que habia recibido, y persuadirle todos que se arrepintiese, no hubo remedio de que creyese que habia sido ilusion, y así acabó miserablemente: para que por aquí entendamos el peligro grande que hay en el fiarse uno de su propio juicio, y no se rendir y sujetar á quien debe, y esto por muy antiguo y espiritual que sea: y así vino á decir un Santo, y con mucha razon, que el que se cree á sí mismo no ha menester demonio que le tiente, porque él es demonio para sí.

San Crisóstomo, hom. 7 sup. epist. ad Corinth., dice que el que se fia de su propio juicio, por muy espiritual que sea, está á mayor peligro de errar que el muy principiante que se deja guiar y gobernar por otro: y compara al primero á un gran piloto, que fiado de su destreza se entrase en medio de la mar en un navío sin remos ni velas; y al segundo, al que no sabiendo nada de la facultad se fiase de un muy diestro marinero que en su navío muy bien aprestado le pasase.

Pues no se engañe nadie, pareciéndole que en cosas espirituales, como en ayunos, oraciones, y otras penitencias y mortificaciones, se puede apartar de la obediencia, y guiarse por su propio juicio; porque, como nota muy bien Casiano (1); una misma ma-

(1) Cassianus, collat. 4 Abbat. Dan. cap. 20.

nera de desobediencia es quebrar el mandamiento del superior por gana de trabajar, como por gana de estarse ocioso; y san Basilio dice: *Hoc apud te constanter teneto, ut nihil omnino quidquam præter illius sententiam facias; quidquid enim eo nesciente facis, id furtum, et sacrilegium est, tibi que exitium, non autem utilitatem ullam apportat, esto tu id bonum judices. Nam si bonum est, quid ita clam fit, ac non in aperto?* Serm. seu exhort. ad vitam monast. Id siempre muy fundado en este principio, que no habeis de hacer cosa alguna por buena que os parezca contra el parecer y voluntad del superior, porque ya no sois vuestro, sino de la Religion: y así eso será hurto, y aun sacrilegio, porque es de cosa que estaba ya dedicada y ofrecida á Dios; y da una buena razon: Si lo que haceis es bueno, y cosa que os conviene, ¿para qué lo quereis hacer á escondidas y sin licencia? Tanto desea el superior vuestro bien y provecho como vos: decidsele, y él os dará licencia para ello; y así lo haréis con bendicion y con provecho: no lo hagais de manera que no solamente no aproveche, sino antes os dañe; no se os diga á vos aquello de Isaias: *Ne offeratis ultra sacrificium frustra*, c. 1, v. 13. ¿Para qué os quereis cansar en balde?

Dicen muy bien los santos Gregorio, lib. 35 Moral., c. 13, y Bernardo, de ord. vitæ, et monast. instit. cap. 1: Cosa mala nunca se

ha de mandar, y en cosa que sea pecado claro está que no ha de obedecer el súbdito; pero el dejar de hacer alguna cosa buena, porque la obediencia lo prohíbe, débese hacer: No era malo, sino bueno el árbol del paraíso que Dios prohibió á nuestros primeros padres; pero para que con aquella obediencia pudiesen ellos merecer mas, y mostrar la sujecion y reconocimiento que debian á su Criador y Señor quiso Dios prohibirles y mandarles que no comiesen de aquello que pudieran lícita y santamente comer, sino se les hubiera prohibido. Pues así tambien los superiores prohiben algunas veces cosas que de suyo son buenas, ó porque no le convienen al súbdito por entonces, ó para probar su virtud y obediencia.

Añade en esto san Basilio, serm. de institut. monast, et serm. 1 exercit. ad piet., una cosa particular: dice que la verdadera y perfecta obediencia del súbdito no se echa tanto de ver en dejar de hacer lo malo, quanto en dejar de hacer lo que de suyo es bueno y santo, cuando le mandan que lo deje: y la razon de esto es, porque lo malo, aunque no se lo prohibieran, lo habia de dejar por ser malo; pero lo que de suyo es bueno y santo, solamente lo deja porque se lo mandan; y así resplandece ahí mas la virtud de la obediencia, pues si ella no estuviera de por medio, no parece que habia por que dejarlo: y por el con-

trario tambien, cuando uno no se rinde y sujeta en las cosas espirituales, y que de suyo eran buenas y santas, muestra mas su propia voluntad y dureza de juicio; porque en otras cosas hay algún gusto y sensualidad que hace á uno faltar en el silencio, en la modestia, en la templanza, ó en otras obediencias semejantes; pero en estas, que son contra nuestra carne y sensualidad, no hay otro gusto sino hacer uno su propia voluntad, y seguir su propio juicio; y todo es desobediencia y dureza de cabeza: y así viene á ser que en lo que uno piensa que agrada mas á Dios, y que hace una obra de supererogacion y perfeccion, en eso muestra mas su imperfeccion, y desagrada mas á Dios y á los superiores. Dios os guarde del caballo duro de boca, que como no siente ni obedece al freno, se sale con lo que quiere, y cuando menos pensais dará con vos en una esquina ó en un despeñadero. El buen caballo ha de ser blando de boca, que tome bien el freno, y se deje llevar y gobernar; así el religioso ha de ser blando de juicio, que tome muy bien el freno de la obediencia, y se deje gobernar y llevar fácilmente á una parte y á otra.

En la Historia eclesiástica (1) se cuenta de aquel gran siervo de

(1) Evagrius Epiph. lib. 1, cap. 13; et Theod. ut testis ocularis, et refert in 7 Syn. gener.

Dios, que llamaban Simeon Stilista, que quiere decir, *In columna sedens*, que tenia su asiento, y estaba haciendo penitencia siempre en una columna de cuarenta codos en alto, en invierno padeciendo gravísimos frios, y en verano grandísimos calores, y era tan grande la penitencia y abstinencia que en ella hacía, que venian algunos á dudar si era hombre; porque no parecia que hombre humano podia hacer ni padecer lo que él allí hacia y padecia, especialmente que veian que cada año ayunaba todas las cuaresmas sin comer ni beber nada en toda ella. Pues viendo aquellos santos Padres del yermo aquella manera de vida tan extraña y peregrina, hacian junta y congregacion sobre el caso para ver lo que convenia, y la resolucion que tomaron fue enviarle un recado en esta forma: ¿Qué manera de vivir tan nueva y nunca usada es esa? ¿Qué quiere decir que hayais vos dejado el camino usado y trillado de los Santos, y tomado un camino tan peregrino y tan nuevo, que nunca nadie le usó? Los Padres se han juntado en congregacion, y mandan que os bajeis luego de ahí, y que sigais el camino comun y ya hollado que siguen los demás monjes, y os dejéis de novedades. Pero advirtieron al mensajero que si él, en oyendo este recado, le obedeciese, y luego con prontitud y alegría quisiese bajar de

su columna, que le daban licencia para que se estuviese quedo y perseverante en aquel tan nuevo como riguroso modo de vivir, porque su obediencia era suficiente testimonio de que aquel camino era de Dios; pero si se resistiese, y no quisiese bajar y obedecer, mandaron que por fuerza le hiciesen bajar y quitar luego de allí. Va el mensajero con aqueste recado al Santo, y apenas habia acabado de declarar el mandato que llevaba de los Padres, de que bajase de allí, cuando él habia echado el un pié para bajar y obedecer. Entonces el mensajero dale el segundo recado que llevaba, y dícele: *Bono animo sis, et strenue rem gere: statio tua à Deo est instituta*: Tened buen ánimo, Padre mio, y perseverad en hora buena en esa manera de vivir que habeis tomado; porque de Dios es, y así les ha parecido á aquellos Padres. Débese ponderar mucho aquí por una parte la grande obediencia y rendimiento de juicio del Santo en una cosa tan buena, y que entendia él que era de Dios, y por otra cuánto caso hicieron todos aquellos Padres de aquella obediencia y rendimiento, pues la tuvieron por señal bastante para juzgar que aquel era espíritu de Dios; y si no se rindiera y sujetara luego á la obediencia, lo juzgaran por suficiente para no tenerlo por bueno.

Esta señal es muy buena, y usan comunmente de ella los confeso-

res y maestros de espíritu en muchas cosas, para conocer si nacen de buen espíritu ó no. Está el penitente muy aficionado á comulgar muy á menudo, y dícele el confesor que no comulgue tan á menudo. Está deseoso de hacer mucha penitencia, y muchos ayunos, disciplinas y cilicios: el otro queria dormir en el suelo, y el otro dormir menos, y otras cosas semejantes. Muy bueno es por cierto y muy loable el deseo de mucha penitencia y mortificacion; y de los dos extremos, lo que tiene menos sospecha es inclinarse antes contra sí que por sí; porque la naturaleza del amor propio siempre se ha de temer y tener por sospechosa; pero lo que es mejor en todas estas cosas, y sin sospecha ninguna, es dar uno cuenta al superior ó al confesor de todo lo que hace y de todo lo que desea, y regirse por lo que él determinare; con eso agrada más á Dios, y merecerá más. Y nótese aquella teología, que es muy buena y muy cierta. Si uno tiene deseo eficaz de hacer algunas penitencias ó mortificaciones, y dando cuenta de ello al superior, le ordena que deje las tales obras, obedeciendo en esto, no solamente no pierde el mérito y ganancia de aquellas obras, antes la acrecienta y dobla; porque gana por una parte el valor y mérito de las tales obras y penitencias, por la voluntad eficaz que tenia de hacer-

las, y por otra parte gana el valor y mérito de la obediencia, dejándolas por obedecer: y algunas veces será mayor este mérito que el primero, por la mayor abnegacion y resignacion de su voluntad y juicio, dejando lo que tanto deseaba por obedecer y hacer la voluntad de Dios, declarada por el superior; y así le fue enseñada del cielo esta teología á la bienaventurada santa Brígida (1). Era esta Santa muy aficionada á grandes penitencias: el padre espiritual que la gobernaba quitóle en un tiempo parte de ellas, porque así convenia á su salud. Ella, aunque obedeció, hizosele dificultoso, y temia no recibiese su alma algun detrimento en la virtud. Apareciósele la Virgen sacratísima, y díjole: Mirad, hija: si dos hombres desean ayunar un dia por su devocion, y el uno que está en su libertad ayuna de hecho, recibe una paga por aquel ayuno; y si el otro que está en obediencia no ayuna porque se lo ordena así el superior, este recibe la paga doblada: la una, porque deseó ayunar de buena gana; la otra, porque negó su voluntad y obedeció.

Aun allá los filósofos gentiles conocieron y estimaron mucho esta manera de obediencia y rendimiento. Cuenta Plutarco de Agesilao, que era un capitan famosísimo

(1) Lib. 4 revelationum sanctæ Birgit. cap. 27.

mo de los lacedemonios, que andando él muy ocupado contra los enemigos de su patria, y sucediéndole las cosas muy prósperamente con grandes victorias y pujanzas, le llegó un dia un recado de su república, mandándole que se retirase; y estando él en medio de sus honras, y con gran ventaja sobre los contrarios, luego cesó y se retiró: y dice Plutarco que ganó mayor honra y fama con esto que con cuanto habia hecho en toda su vida.

Pero dejemos ejemplos extraños, pues los tenemos propios: ¿Á quién no espantará aquella grande obediencia del Padre san Francisco Javier (1) (que con razon estimaba en tanto nuestro bienaventurado Padre san Ignacio), que teniendo en las manos la conquista y conversion de un nuevo mundo, y llamándole nuestro santo Padre á Roma, con sola una letra que puso al fin de la carta junto á su firma, que era una I, que en romance quiere decir *id*, estaba muy satisfecho que luego dejaria aquella tan grande empresa, y tomara el camino para Roma, desde casi lo último del Oriente; y sin duda lo hiciera, si antes que llegara la carta no hubiera ya ido á gozar de sus trabajos al cielo?

(1) Lib. 6, cap. 8 de su vida.